

empezara el reinado de Luis XVI, concluido por tantas y tan irreparables catástrofes. Para volver hacia los jesuitas; para destrozar los parlamentos que habían aconsejado la expulsión de estos Maquiavelos piadosos; para entregar la tutela del reino á la teocracia malherida; valiéronse todos los reaccionarios de una muchacha del arroyo; planta espontánea y natural de las mancebías; engendrada y crecida en el vicio; la cual muchacha, desde su niñez hasta su muerte, fuera, por vocación y por naturaleza, una desorejada manceba de todo aquel que la pagaba y que la mantenía. Los dos Goncourts, biógrafos ingeniosos y veraces de la Du-Barry, cuentan que el día primero de Febrero en el año de mil setecientos sesenta y nueve, víspera de la Candelaria, cierto eclesiástico fué convidado á la mesa de una familia muy reaccionaria y muy católica. No se hablaba por aquella sazón en las empingorotadas tertulias parisienses de otra cosa que de la condesa Du Barry. A los postres, otro eclesiástico, también comensal de aquella mesa y casa, propuso un brindis, por la Presentación; y como nadie comprendiera de qué Presentación se trataba, á no ser de la Presentación al templo de Nuestra Señora, que se celebraba en el siguiente día, extrañaron tal brindis, por no ser costumbre, ni en Francia, ni en ningún otro país católico, el brindar por las instituciones religiosas y por las fiestas litúrgicas. Pero bien pronto el que había brindado, sacó á su auditorio de dudas, diciéndole como brindaba, no por la Presentación al templo de Nuestra Señora, por la presentación al Rey de madame Du-Barry; nueva Ester, la cual debía poner en la calle al nuevo Aman, que se llamaba Choisel, y redimir al pueblo de Dios del triste cautiverio en que lo habían encerrado la política y la filosofía reinantes. ¡Cuál intermediario buscaron los católicos para fundar su fortuna en Francia y reconstituir sus antiguos influjos! Madame Du-Barry, condesa de la corte; hija sin padre conocido; madre que nunca reconoció sus hijos; engendrada en los amores libres; casa de una cortesana famosa crecida; trasladada, por castigo de sus faltas y pecados al monasterio de Santa Aura, donde se prevenía contra las caídas á las ya caídas y contra las culpas á las ya culpadas; modista luego en una tienda, que significaba un verdadero bazar de muchachas vendibles y acquistables; viendo á la continua relaciones tan increíbles como las anudadas por la mujer, que la diera la vida, con un fraile llamado Pippus, quien á un mismo tiempo era en los castillos feudales confesor de las capillas y apuntador de las comedias; habiendo arruinado primeramente á un peluquero y luego á dos ó tres nobles; cayó, saltando y riendo, en manos de cierto señor, patricio tolosano, Barry, quien la tuvo en su casa largo tiempo con desvergonzada publicidad; la vendió al Rey por un destino; la casó con su hermano Guillermo para que tuviese un título con que conjurar la maldicencia universal; coronando la Iglesia y la monarquía de aquel tiempo con semejante flor, bellísima y venenosa, de los lupanares franceses. Imaginaos cómo, después de haberse arrastrado por los arroyos de las calles; después de haberse vendido en los mercados de muchachas bonitas; después de haber vejetado en los ester-

coleros y en las cloacas inmorales del gran París; la favorita entraría dentro de su cámara en Versalles, donde se presentó vestida de gasas transparentes, coronada de rosas frescas, despertando más y más la decrepita lascivia de un viejo chocho, quien el vicio consumía en una consunción espantosa y la corrupción devoraba hasta en la flor de su más gallarda juventud y en los mejores instantes de su vida.

Rodeada se veía de todo el esplendor y de todo el lujo imiginable en sus camarines. Los bronces y las porcelanas llenaban sus escaparates; los relojes de mayor coste coronaban sus chimeneas; mesas con miniaturas preciosísimas ocupaban el centro de sus salas; brillantes lacas, realzadas con relieves de oro, revestían sus cómodas; aquí el robo de Elena en figuras de Sevres, allí bacanales antiguas, hechas por las manos de Sarrazin; bajo las bóvedas, arañas de incalculable precio, en cristal de roca; sobre las rinconeras estatuillas de marfil: por todas partes arpas de cuerdas armoniosas; pianos con flautos y laúdes y cimbales y trompetas de órgano, madera de rosa para los muebles, tapices de Gobelinos y de Flandes para las paredes, aromas de una voluptuosidad penetrante por los aires, cristales con figuras voluptuosas en las ventanas, mosaicos en los suelos: he ahí el haren donde reinaba la favorita del desbocado Luis XV. Ella lo pudo todo; ella pudo cambiar la política internacional de Francia: pudo despedir á Choisel, sustentado por todos los amigos de Francia; pudo pasar aparatosas revistas en Compiègne á las tropas reales, quienes bien pronto habían de pagar estas complacencias con el senil y desvengonzado Luis; pudo recibir en Chantilly los honores de un Condé, cuyo apellido se confundía con el apellido de la dinastía y cuya grandeza frisaba con la grandeza del trono; pudo hacer de sus lazos y de sus moños asunto político internacional; pudo nombrar á un abate intendente general; pudo divertir un público juicio de la cabeza del hombre, que había ella designado primer ministro; pudo, cuando Luis XV á sus caprichos se resistía, llevarlo ante un retrato de Carlos I y decirle que los parlamentos le traerían como á este desdichado Monarca le trataron sus parlamentos, si no recogía y se arrogaba el poder absoluto en totalidad; pudo reinar sobre quien reinaba: pero no pudo nunca una conversación sostener y una palabra cambiar tan solo con la Delfina, con María Antonieta, recién venida de Viena, y muy escandalizada por aquella femenil privanza. En vano la Du-Barry pateó y lloró; en vano tuvo agarradas tremendas con Luis XV; no hubo medio de vencer á la Delfina. Un verdadero sentimiento de orgullo, más que un verdadero sentimiento de honor y de virtud, la separaban de aquella mancebilla, sacada del barro de las calles y puesta en el trono de los reyes. El asunto adquirió tales proporciones que fué sometido al embajador de Austria, quien á su vez tuvo que someterla á María Teresa. Esposa muy fiel, mujer muy casta, madre muy amante; casera entre los suyos; de una virtud verdaderamente pura en materias amorosas; no tenía la Emperatriz escrúpulo de tratar á los personajes más inmundos, si los personajes más inmundos prosperaban sus intereses y servían su

política. La Pompadour le sirvió para captarse á Francia contra Prusia y concluir el deseado matrimonio del buen Delfín Luis con la pobre Antonieta; Farinelli cantor predilecto de Fernando VI en la Granja, su verdadero privado, le sirvió para captarse á España, y poner en el juego de su política, y entre sus cartas más favorables á ella, la enemiga dinastía de Borbón. Con estos antecedentes ordenó en secreto al embajador austriaco, mandase á la Delfina, y la mandase á nombre suyo, complacer al Monarca y sonreír á la favorita. Todo parecía para este fin arreglado; vencida parecía la incontrastable resistencia de la Delfina, en aquel cortesano asunto, sobre cuyo desarrollo había influido el Rey en persona y mandado á María Teresa con sus respectivos confidentes, súplicas en favor de la Du-Barry, quejas y más quejas en contra de la Delfina. Un círculo se había compuesto y arreglado en las estancias del Rey, al cual, contra su gusto y voluntad, asistían, pero asistían, las primeras damas de Francia. En este círculo hallaríase madame Du-Barry y por este círculo pasaría un momento Antonieta, parándose ante la favorita y dirigiéndole algunas palabras, fuesen las que fuesen. Antonieta ya estaba por completo vencida; y dispuesta en su interior á pasar por cuanto quisiera el Monarca y mandara María Teresa. Pero Luis XV, tan epicúreo, había engendrado en su mujer legítima, una familia sumamente casta; el Delfín, su hijo, padre de Luis XVI; sus hijas, de Luis XVI tías carnales, todas ellas apartadas del mundo y todas ellas más propias para los conventos que para los palacios. Adelaida, religiosa, canonesa, devotísima, instrumento de la reacción, aunque aprovechase los insanos influjos de la Du-Barry y en favor de los jesuitas, no pudo nunca verla ni pintada, y cuando se acercaba la Delfina con repugnancias invencibles á cumplir su palabra, le tiró del vestido su sobrina, la hizo volver atrás; y nunca en este mundo cambiaron una frase, nunca, las dos mujeres históricas: histórica la una por sus vicios, histórica la otra por sus desgracias.

No sabemos por qué Luis XVI evocaría la memoria de tal período á sus mismos delensores, aunque fuera en la mayor intimidad, pues tal memoria, si no podía justificar la revolución en todo, la explicaba en su mayor parte, con especialidad, la explicaba en los elementos esenciales que la generaron y en los motivos segundos que la hicieron vivir y triunfar y desarrollarse, como vivía, triunfaba y se desarrollaba en los momentos de recordar Luis XVI la monarquía de una manceba, cancerosa superfetación en la monarquía de una Francia. El influjo de las más detestables personas; el vicio reinando con todas sus asquerosidades; los cambios de gobierno hechos por las intrigas más inmundas; los camarilleros y las camarillas en lugar de los Parlamentos; las públicas contribuciones regaladas á mujeres públicas; el juego con todos sus zurupetos hechos cortesanos: el vicio en todos sus aspectos hecho rey; los favores y los títulos decretados en premio de las mayores asquerosidades; subrogadas las relaciones exteriores á cualquier capricho femenino y á cualquier neurosis de favorita; el ejército revistado por la prostitución en persona; los

guardias de corps porfiando por recibir una sonrisa y convertidos en eunucos de haren; un serrallo, en vez de un ministerio; los movimientos regresivos sucediendo á los movimientos progresivos tras cualquier intriga de salones; la corrupción en el trono y en el pueblo la esclavitud: he ahí el cuadro que Luis XVI evocaba, evocando la monarquía de Luis XV y los sonrojos de la virtud ante aquellos tremendos escándalos, determinantes de la revolución que le costaba la corona y que le costaba la cabeza. Si nunca pudo llamarse al reinado de Luis XVI, muy virtuoso en su vida por vocaciones íntimas de su naturaleza, el reinado de las mancebas escandalosas; bien pudo llamársele con razón el reinado de las mujeres y de las parientes legítimas. Unas veces la Emperatriz María Teresa, otras veces la Reina María Antonieta, ya las tías del Rey, ya su hermana y otras señoras de igual virtud, pero de muy equivocada política, influían sobre los consejos del Monarca, sugiriéndole órdenes y disposiciones, las cuales, al cabo y al fin, trajeron su muerte trágica y engendraron aquella revolución espantosa. Luis XVI no tenía razón, alabando á María Antonieta en los años de su poder, y de su fortuna; tenía razón, alabándola en los años de su desgracia y de su dolor. Antes fué caprichosa y soberbia; después fué verdadera mártir. No se la podía presentar cual modelo de esposas y madres y reinas en el palacio; pero sí se la podía presentar cual modelo de mártires en la persecución y en el cautiverio. Antes su regia cámara, convertida en camarilla; sus damas predilectas, pesando sobre los rendimientos del presupuesto francés; sus caballeros cortesanos, tan metidos en el vicio como los caballeros cortesanos del tiempo de Luis XV; sus tertulias donde se trababan toda clase de intrigas; el juego á los dados y á las cartas; los bailes de la Opera; el idilio de Triánón; las conjuras en favor del absolutismo; la despedida de un hombre tan grande como Turgot reemplazado por un hombre tan enano como Calonne; aquel ceño mostrado la mañana en que se reunieron los Estados Generales; aquel menosprecio de las sesiones parlamentarias y tantas cuchufletas dirigidas á sus primeros oradores; las escitaciones á una reacción en el banquete de los guardias; las iras por los juramentos salvadores del Trinquete; la continua invocación á los Reyes extranjeros para que invadieran el suelo francés; las influencias insanas del caballero Fersen que arrastraron la dinastía y sus privilegios hasta la fuga de Varennes; el temerario reto á todas las libertades y á todos los liberales en las composiciones de los ministerios y en la relación estrecha del poder real con el poder legislativo; aquellas incesantes maniobras antidemocráticas y aquellas conjuras incesantes en favor de los ultramontanos; el sistema triste de corrupciones políticas, que, sin ganar un solo amigo á la corona francesa, nutría muchas sanguijuelas de la corte; aquella esperanza eterna en los irruptores y en la irrupción; el culto al antiguo régimen; todos los actos de Antonieta durante su poder y su fortuna, echaron tal número de combustibles en la hoguera y en el incendio universal, que Antonieta es el mayor quizá de todos los factores que arrojaron por el suelo con estrépito la corona de Luis XVI y llevaron

este buen monarca, modelo vivo de paciencia y de resignación, á su ignominioso cadalso.

Como en el fondo de todas las desdichas humanas hay siempre una gota mielada, el Rey acababa de conseguir en aquellos momentos un verdadero triunfo, con que no soñara durante su triste vida: el amor de Antonieta, quien llegó á sentir, bajo el imperio de tan supremos instantes una profunda pasión por su infeliz marido. En esto la Reina obedecía, sin saberlo ella misma en sus adentros, á la presión de fuera, pues el sentimiento público se interesara mucho por el Rey, desde los comienzos de su cautividad en el Temple, hasta la trágica hora de su fin en el cadalso. Mientras todas las mujeres lloraban por Luis XVI, aun aquellas que, movidas de insana curiosidad y husmeando fuertes emociones, concurrían á las tribunas de los jacobinos y de los convencionales en demanda de su muerte ¿qué menos había de hacer, sino amarlo, su mujer, quien de amarlo tenía religiosa y social obligación? pero hay mucha diferencia entre un severo cumplimiento de los deberes humanos y las expansiones de una verdadera pasión. Y estas expansiones experimentó en su castillo el prisionero, donde penetraron, como podía penetrar un rayo de celeste luz en los horribles infiernos. Sin corona, sin vida casi; á muerte condenado; destituido de todo auxilio humano y divino; sintió Luis XVI aquel amor nunca gastado antes, como el bien mayor de su alma, bien que le consoló del destronamiento y lo condujo como un ángel de paz y de bondad, al cadalso. No hay desgracia, como amar y no ser amado. Luis XVI mucho amó, sin encontrar el premio á tanto amor en los jardines de Fontenbleau y de Versalles, en los salones del Louvre y de las Tullerías; encontrándolo en aquella tumba de vivos que se llamaba el Temple. Así, por algunos momentos, debió la cautividad trocarse para él en verdadero paraíso, pues no lo hay en el mundo, ni quizá en el cielo, como una pasión pura, casta y correspondida. Si á esto se añade la fe de Luis en la inmortalidad del alma, fe del carbonero, creyendo en Dios y en su Iglesia sin dudas y sin reservas, debía entrever esta fe su cadalso como una puerta conducente á la eterna bienandanza, quien, de suyo, estriba en vivir entre los seres amados vida sobrenatural y consagrar esta vida etérea y espiritual al divino Criador. La Reina, pues, le amó; y el amor de la Reina le compensó mucho, le compensó una gran parte de sus angustias y de sus penas. Muy aventurera por su índole; muy amiga de novelas y romances; algo teatral en sus palabras y en sus acciones; lo que llamaríamos hoy con poca propiedad una romántica; María Antonieta, viendo aquella tragedia y la naturalidad con que su protagonista, es decir, el Rey, desempeñaba su papel dolorosísimo, le amó y le amó como casta y fiel esposa. La reconcentración dentro del Temple valió á la Reina sobreexcitaciones de sus afectos familiares y domésticos, no sentidos en otro tiempo, cambiando de opinión y de juicio respecto del marido que le había tocado en suerte. Antes de la cautividad, juzgóla ella un poltrón, como dicen los franceses, del hombre cominero y cobarde; después de la cautividad, juzgóla un héroe y un mártir, que no tenía quizá un semejante suyo en toda la

tierra. Este sentimiento de aprecio llegó á sentimiento de amor en seguida. Los amores verdaderos se fundan en la recíproca estimación de los amantes. Rara vez duran en paz y felicidad aquellos matrimonios, donde reinan los afectos, que yo he oído explicar en fórmulas muy sencillas á la esposa de un grande hombre. «Tú, marido mío, le decía, me aprecias, y no me puedes amar; yo te amo, y no te puedo apreciar.» Cosa difícil una segregación del aprecio y del amor. Por regla general no se ama sino lo que se estima; y el desprecio genera tarde ó temprano, el desamor. Machacón, pesadísimo, cominero, vulgar, callado, tímido, Luis XVI no podía inspirar una grande pasión á su romancesca esposa. «Es un hombre, decía ésta frecuentemente á su azafata madame Campan, falto del valor necesario á los hombres, y más que á los nombres, á los Reyes.» Tomando por indiferencia sus resignaciones, creíalo incapaz de airarse y de combatir. La facilidad, con que accedió á la convocatoria de los Estados Generales; lo poco resuelto que, durante la gran lucha parlamentaria, estuvo; su entrega sin protestas la noche de Varennes; su presencia humilde y humillada en las regias sesiones del Parlamento; su debilidad al poner sobre la corona de Francia el gorro frigio de la República, cuando se lo pedían así las muchedumbres tumultuadas; la escasa resistencia opuesta siempre á los insurrectos de Agosto; el pollo asado que se tragó la mañana de su destronamiento á la vista del público y de los diputados en la tribuna del logógrafo; hicieron creer á la Reina que no merecía el Rey su estimación y su aprecio.

En el Temple hubo un Tabor; en la cautividad una transfiguración para Luis XVI. Sereno, sin llegar hasta la indiferencia; tranquilo sin llegar hasta la inercia; religioso con verdadera sinceridad; resignado á la suerte, sin olvido de la natural protesta; tierno y débil con los débiles, fuerte y valeroso con los fuertes; en sus acciones modesto, en sus palabras inspirado siempre; revestido de una dignidad que nunca tuvo el trono; con valor sobrenatural, como si hubiera querido reunir todas sus facultades en la hora de su muerte; despreciativo de las calumnias y de los tormentos, sin dejar de sentirlos; cuidadoso de todos lo que le habían servido y amado; subiendo la escalera de un patíbulo cual pudiera subir al ara de un altar, Luis merecía la felicidad conyugal que doró con luz suave los últimos instantes de su tormentosa existencia. No podía menos Antonieta que admirar aquella calma entre los peligros, aquel soberano desdén á los ultrajes, aquella cristiana dulzura con que perdonaba el cuitado á sus verdugos, aquel desprecio de la muerte y aquella conformidad con los decretos de la Providencia; por todo lo cual, sus ligerezas, las ligerezas históricas de Antonieta, se trocaron en reflexiones; su voluble mariposeo en afecto profundo á la propia familia y á su jefe aparecido como un sobrenatural patriarca; pudiendo con razón decirse que no conociera los bienes del hogar hasta la trágica hora en que los perdió para siempre. Su antigua ternura fraternal por el marido se convirtió en una exaltación amante. Pasábase los días, si juntos estaban, en mirarlo y oírlo; y, si no